

UNA SOCIEDAD
DE SEÑORES

© 2017, Mario Campaña Avilés
© 2017, Jus, Libreros y Editores S. A. de C. V.
Donceles 66, Centro Histórico
C. P. 06010, Ciudad de México

Una sociedad de señores

ISBN: 978-607-9409-64-7

Primera edición: febrero de 2017

Diseño de interiores y composición: Sergi Gòdia

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
incluidos la reprografía, el tratamiento informático,
la copia o la grabación, sin la previa autorización
por escrito de los editores.

MARIO CAMPAÑA

UNA SOCIEDAD
DE SEÑORES

DOMINACIÓN MORAL
Y DEMOCRACIA

Jus

*Para Isabel Avilés,
mi madre,
un aliento constante.*

*Para mi hijo Ian,
que ahora empieza.*

*Y para Iván Carvajal y
Constantino Bértolo,
que suelen decir mucho
con pocas palabras.*

PRÓLOGO

¿De dónde venimos?, ¿a dónde vamos?, son dos de esas tradicionales preguntas a partir de las cuales las personas que irresponsablemente osamos autodescribirnos como cultas «sentimos» como «profunda» nuestra identidad, nuestra cualidad de ánimas reflexivas y filosóficas, y nuestra consiguiente diferencia de aquellos y aquellas, tan groseros y vulgares de alma y espíritu, que van por la vida sin preguntarse ni cuestionarse el sentido de la vida. Autodescribirse como persona culta no deja de ser un acto de vanidad y soberbia, pero no creo exagerado afirmar que esas vanidades y soberbias forman parte de la imagen que muchos de nosotros o nosotras vemos día a día reflejada en las aguas narcisistas donde consciente o inconscientemente nos vemos reflejados. Y tampoco creo que sea hacer juicios temerarios afirmar que son muchos los libros, esos espejos donde se miran nuestras palabras, que directa o indirectamente plantean esas mismas preguntas una y otra vez, de un modo u otro, en clave narrativa o poética o ensayista o dramática. Preguntas que de acuerdo con lo que se dice en muchos manuales de retórica son precisamente las preguntas que la buena literatura aborda y trata, inútilmente, de responder, constituyendo paradójicamente ese aparente fracaso uno de los méritos principales que nos permite, dicen, reconocer las bondades de la buena literatura. Que no en vano el considerar nuestra existencia como «misterio» es uno de eso halagos con que el humanismo generoso ha venido revistiendo de relevancia y trascendencia nuestro fugaz paso por la vida.

Este libro también nos plantea el análisis y desciframiento de un misterio, pero de un misterio menos profundo y existencial y mucho más concreto, materialista y ordinario: ¿por

qué nos comportamos como nos comportamos? Y es justamente ese afán por lo ordinario lo que lo convierte en un libro extraordinario, lleno de información y reflexión y libre de pedantería. Un libro al que lo ameno y flexible de su argumentación dota de rigor, autoridad y precisión, y en el que la notable capacidad de hacerse entender del autor caracteriza el tono y fuerza de su entendimiento.

Una sociedad de señores parte de una hipótesis sorprendente: que en pleno siglo XXI, a pesar de las apariencias, vivimos inmersos en una inmensa burbuja ética en la que sobresale la presencia de unos valores que se corresponden con aquellos que históricamente hemos venido atribuyendo a las sociedades aristocráticas y señoriales. Dicho en sus propios términos, el propósito del libro «es intentar una relectura de doctrinas, instituciones, comportamientos y testimonios que revelan, en la historia occidental, una sorprendente línea de continuidad que desemboca en el presente de las democracias, una “corriente continua” ética y axiológica que puede ser llamada simplemente “cultura señorial” o aristocrática, la de nobles, señores y notables; un entramado que ha conformado un verdadero poder desde hace más de dos mil quinientos años hasta hoy y ha ejercido, y continúa ejerciendo, una influencia decisiva sobre todo Occidente, desde el fondo de la historia europea hasta nuestra época». Sin duda una hipótesis semejante choca frontalmente con aquellas visiones, hoy hegemónicas, que no dudan en describir nuestras sociedades como paradigmas democráticos de convivencia social, tanto por sus instituciones como por los valores éticos que actúan sobre las relaciones sociales que se producen en su interior. En ese sentido el libro funciona como inesperada y fuerte lección de humildad y sin duda despierta durante su lectura mecanismos de resistencia de los que conviene ser consciente.

A su vez esta hipótesis, que el buen oído estratégico del autor presenta sin ínfulas académicas («Reclamo la legitimidad y pertinencia de esta clase de lecturas, que trata de iden-

tificar valores y mentalidades colectivas no solo a través de trabajos de campo y bases estadísticas»—, se apoya sobre una tesis fuerte y arriesgada en su transparencia, en cuanto que desde el principio manifiesta que «por cultura señorial o aristocrática entendemos un complejo de ideas y valores, unos patrones de conducta, un imaginario, que surgieron de la élite gobernante, de los llamados al principio *aristoi* o “mejores” y después “nobles” en la Grecia arcaica y clásica, y se transmitieron luego a Roma. Esos valores distinguen a las sociedades y a los seres humanos según una estrecha noción de humanidad y una jerarquía moral, y los clasifican así en superiores e inferiores».

Al desarrollo de esta tesis y a la comprobación de aquella hipótesis dedicará Mario Campaña las páginas de este libro que cabe definir como ensayo aun ubicándolo más en los registros cercanos a la investigación de corte kantiano que a los propios del vuelo pluma usual en el modelo del maestro Montaigne, sin que esto implique rigidez alguna en el libre avance de sus líneas de argumentación.

Siguiendo los consejos aristotélicos sobre la conveniencia de abordar el comentario de una obra tratando de dar cuenta en primer lugar de la «familia» literaria a la que pertenece, para luego proseguir con la determinación de aquella diferencia específica que la singulariza, parece oportuno a la hora de buscarle parentescos hablar de toda una genealogía literaria que agrupa tratados, ensayos e investigaciones sobre historia de las ideas, mentalidades o costumbres —valga nombrar obras de tono generalista como la *Historia del Mediterráneo* de Fernand Braudel, *El proceso de la civilización* de Norbert Elias o *El lenguaje clásico de la arquitectura* de John Summerson—, mientras que a la hora en que abordemos sus diferencias específicas sin duda habrá que encontrarle acomodo entre títulos difícilmente clasificables como serían *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* de Pierre Bourdieu o *Mímesis* de Erich Auerbach.

Evidentemente, la propia sustancia histórica que su hipótesis representa obliga a que sus razonamientos, siempre apoyados en ejemplos de perfiles narrativos o en la cita que transfigura lo teórico en prueba de cargo y la anécdota en categoría, se desarrollen ocupando cronológicamente todos aquellos momentos en que la tesis se hace visible y adquiere credibilidad.

Se inicia su trayectoria en el mundo clásico de Grecia y Roma («En cuanto a la humanidad, los griegos desarrollaron una doctrina que fue después seguida en gran medida por los romanos. Distinguían entre una humanidad verdadera y otra no verdadera, entre el hombre completamente humano y otros seres que, con apariencia humana, tenían una naturaleza en realidad más próxima a la de los animales»), subrayando con acierto cómo la idea germinal de una humanidad superior en contraposición a otra no-humanidad o humanidad inferior, distinción clave en la génesis y configuración de cualquier cultura señorial, está directamente relacionada con las ideas de *Imperium*, esclavitud y conquista: «Puesto que ellos [los bárbaros] no habían sido criados como hombres libres en sociedades libres, sino que habían vivido como súbditos de un gobernante, eran manifiestamente esclavos por naturaleza, y por tanto era perfectamente legítimo dominarlos y esclavizarlos de hecho».

El texto avanza en su línea argumental y argumentativa abrazado al *tempo* histórico, observando las distintas manifestaciones concretas de esa cultura en donde categorías como lo alto o lo bajo, lo noble o lo plebeyo, lo bello o lo feo, lo señorial o lo vulgar, adquieren un naturalidad absolutamente invasiva. Aun manteniendo siempre esa mirada diacrónica, el transcurrir de este ensayo sabe, en ocasiones siempre oportunas, y esta característica en su metodología es una de sus peculiaridades más estimables, tomar distancia de lo descriptivo para hacerse reflexión, recopilación o sugerencia: «Grecia y Roma rechazaron la idea de igualdad: fueron sociedades estrictamente jerárquicas, como es bien conocido. Escla-

vos, extranjeros y mujeres no tenían una existencia civil [...]. A todos les faltaba lo que Aristóteles llamaba *timai*, o estatus político».

Del mundo clásico el texto pasará a detenerse, con especial fortuna para los lectores, en un espacio histórico-cultural, la cristiandad, bastante menos frecuentado por investigaciones semejantes, para poner de relieve el papel de la Iglesia y la expansión del cristianismo como vehículos de transporte y mediación entre los valores de aquellos mundos clásicos que las invasiones de «los bárbaros» arrasaron y la emergente época del feudalismo con sus señores, órdenes de caballería, vasallos, nobles, purezas de sangre y linajes.

Tomando como referencia la famosa carta de Clemente de Roma a los corintios, en donde el padre de la Iglesia expone sus doctrinas sobre el rango y las jerarquías humanas: «Todos no son prefectos ni tribunos ni centuriones ni comandantes al mando de cincuenta hombres y así sucesivamente, sino que cada uno en su propio orden cumple lo ordenado por el rey y los jefes», Campaña nos muestra cómo la Iglesia antigua fue incorporando a su doctrina los principios de la aristocracia grecorromana: «Los no cristianos carecen de humanidad en sentido pleno. Para llegar a serlo plenamente deben activar el potencial que recibieron al nacer, realizar las acciones y asumir las creencias y los deberes que impone la fe. Ser humano es ser cristiano y ser cristiano es ser humano. En sentido contrario, no ser cristiano es no ser humano». Con esta interpretación del cristianismo como fusión y amalgama del humanismo aristocrático con una concepción jerárquica de las relaciones sociales, la Iglesia se presenta como una de las piedras angulares sobre las que descansa el paisaje axiológico que el libro recorre hasta esos momentos. Todo un tiempo de gestación y asentamiento de los elementos intangibles de lo que viene a conformar esa cultura señorial y aristocrática que pronto va a encontrarse en su camino con el nacimiento de la modernidad y del grupo social, la burguesía, que la sustenta.

Es obvio que todas aquellas partes en las que el libro aborda el encuentro entre esa cultura señorial y los nuevos modos de estar en el mundo que la burguesía trae consigo pueden resultar las más polémicas y, en consecuencia, las más atractivas y sugestivas. Y eso es precisamente lo que sucede. Acostumbrados como estamos los lectores a escuchar que la clase dominante, la burguesía en este caso, determina el conjunto de valores presentes en las sociedades que esa clase protagoniza, enfrentarse a toda la suma de pruebas, argumentos y razonamientos que en el libro se nos ofrecen para defender la supervivencia de los valores señoriales (que indudablemente reflejan una cultura que se asienta en la condición guerrera de las sociedades preburguesas) en unas sociedades donde, sin negar el papel de las armas, es la rentabilidad comercial y económica la que marca los límites del ser y estar de la condición humana, no es fácil. Con notable eficiencia se nos cuentan los nuevos valores que la burguesía introduce: el ahorro, la prudencia, el mérito personal y económico, y se analiza el complejo proceso que va a permitir —tanto en los países del mercantilismo europeo como en las naciones americanas surgidas de los procesos de descolonización— que esta nueva llegada de criterios no imponga el desalojo de los antiguos sino su reacomodo. Una cita bien seleccionada de Adam Smith se muestra reveladora al respecto: «Nuestra admiración del triunfo se basa en el mismo principio de nuestro respeto por la riqueza y la grandeza, y es igualmente necesaria para establecer la distinción de jerarquía y orden de la sociedad. A través de esta admiración del triunfo se nos enseña a rendirnos con mayor facilidad a los superiores, a quienes el curso de los asuntos humanos puede asignarnos, y a mirarlos con reverencia y, a veces, incluso con una especie de afecto respetuoso», sin que falten al respecto los comentarios oportunos sobre las aportaciones de un Montesquieu o un Tocqueville, dejando así constancia de cómo el modelo ya no es aristocrático en sentido estricto, aunque se mantiene vía «la aristocracia del mérito».

PRÓLOGO

Es además realmente brillante la forma en que el autor nos hace ver cómo esos valores señoriales acaban infiltrándose en las democracias representativas actuales, donde el yo narcisista y aristocrático convive sin problemas con una visión del yo como mercancía. Una contemporaneidad que, desde ópticas y categorizaciones muy contemporáneas, nos llevaría a hablar del marketing como distinción, del yo como marca, del prestigio digital como prueba de sangre, del currículum como linaje o del Facebook e Instagram como heráldicas.

No es pretensión de este prólogo dar cuenta completa del recorrido histórico a través del cual Mario Campaña construye la verosimilitud de sus tesis. Reconociendo incluso que, desde posiciones marxistas que me son cercanas, puede entenderse que a las condiciones subjetivas habría a veces que sumar datos objetivos que tienen repercusión directa o indirecta sobre la supervivencia o no de determinadas mentalidades —como recuerda Martín López Navia «es la propiedad sobre el caballo lo que hace caballero al caballero y no sus buenos modales»—, el libro reúne en su discurrir un aliento hegeliano y una metodología positivista que da lugar a una especie de materialismo histórico francamente sugerente y escasamente idealista a pesar de moverse a veces al borde de ese abismo que postula que las ideas modelan el mundo.

Hablando, por ejemplo, de modales, el libro nos ofrece algunos de sus mejores y más significativos momentos: esos pasajes reflejan cabalmente la capacidad de observación, interrelación de datos y asociación mental que distinguen a Mario Campaña. Hablando de urbanidad y cortesía como valores de esa cultura señorial hoy sobreviviente, entiendo que merece la pena recoger el siguiente enunciado: «La superioridad debe exponerse socialmente y exhibirse individualmente, en todos los planos y de modo central en la sociabilidad diaria, en los diversos tipos de relaciones, en especial en las que convocan a protagonistas sociales. Eso es indispensable; es prueba de la superioridad misma. La nobleza y sus seguidores pensaron

que la vida distinguida en las cortes reales o virreinales y en todos los círculos “respetables” no debía admitir la filtración de rusticidades o vulgaridades de ningún tipo. Así que elaboraron normas para las maneras de caminar, sentarse, entrar en una vivienda o una habitación, gesticular, expresar emociones, hablar (seguridad y modulación de la voz, correcta selección de palabras y temas apropiados, al participar en una conversación) o comer (adecuado conocimiento y uso de cubetería y cristalería), que después se propagaron progresivamente en las clases medias. Era necesario conocer cuáles son las posturas aceptables de la cabeza, los hombros, la espalda, siempre bien erectos, cuando se está sentado a la mesa, por ejemplo».

Creo que esta larga cita resume de manera justa el tono, la envergadura y el calibre de la inteligencia expresiva del autor: su capacidad para encontrar en lo aparentemente menor la esencia de lo que se está debatiendo, su densidad real; su habilidad para situarnos delante de una verosimilitud que al apoyarse en lo vivencial apenas permite disquisiciones teóricas; la sutileza dialéctica con las que nos hace aceptar las piedras que caen sobre nuestro propio tejado. Porque, ¿cómo aceptar todo lo que en ese párrafo se expone sobre los orígenes y causas de nuestras formas de actuar y seguir considerándonos como dotados de distinción y autonomía? Momento significativo de un libro que nos interpela sin aspavientos academicistas pero con la eficacia y contundencia de una tormenta en la calma de una noche de verano.

Hablamos antes de la genealogía familiar e intelectual de este libro. Que, aun entrando en comparaciones, entendamos que es de justicia encontrarle un lugar entre aquellos libros citados que, cada uno a su modo, aclaran el origen remoto de hechos o valores que hoy están presente en nuestros actos y mentalidades, creo que ya dice mucho sobre el interés que su lectura contiene. Pero no hemos de olvidar que siguiendo la propuesta de Aristóteles entendemos que el verdadero mérito de un libro reside en la diferencia específica que en él se encuen-

PRÓLOGO

tre. Pues bien, ¿qué es lo que hace a este libro diferente? No su materia ni eso que algunos llamarían su forma. Lo que lo hace diferente es su voluntad, hecha estilo, de aparecer como un ensayo que no busca reconocimiento académico sino entrar en diálogo democrático, entre iguales. Una voluntad así en una sociedad marcada por las desigualdades de clase parece un imposible. Y sin embargo ese imposible se hace realidad, escritura, gracias al despliegue de una cualidad que lo hace diferente: una inteligencia sabia, *entrelagente*. Como cuando decimos de alguien: da gusto hablar con él. Gracias.

CONSTANTINO BÉRTOLO

UNA SOCIEDAD DE SEÑORES

PRELIMINAR

Vivimos en una sociedad de señores. Preeminencia, poder, privilegios, clientelismo, linaje, honorabilidad: el vocabulario del señorío se ajusta con nuestra experiencia en la realidad cotidiana. ¿Para qué negarlo? Lo único bueno de las crisis es que saca a la luz muchas cosas ocultas: la crisis económica internacional, más aguda en el sur de Europa, nos ha descubierto a los hombres y mujeres que el señor no se ha ido, o que ha vuelto. Apenas disimulado, convertido legalmente en ciudadano, comparece en las democracias del siglo XXI con un poder similar al que tenía en los tiempos del Antiguo Régimen y del mundo colonial, tiempos que creíamos extinguidos.

El señor tiene de burgués y tiene de noble. Cultiva el respeto a la ley y la jerarquía, la audacia y la cortesía, la libertad y los privilegios, la insolencia y la condescendencia. Puede que ya no sea un noble *titulado*, pero siente, piensa, actúa y hasta gesticula y respira como si lo fuera: el poder es suyo. Unas veces se presenta sin nombre y sin rostro: es inversor, prestamista, buitre o tiburón que pone condiciones a los gobiernos y a nuestras vidas; es gestor del capital; ejecutivo de las grandes consultoras y agencias de calificación; economista y abogado de alto *standing*; accionista de empresas y corporaciones transnacionales. Otras veces conocemos su nombre y su rostro, podríamos identificarlo en calles o en iglesias, pero sus calles y sus iglesias generalmente quedan fuera de nuestro radio de circulación: es banquero, gerente, comerciante e industrial exitoso, gran propietario urbano o rural, dueño de medios de comunicación, jefe de partido político, jerarca de la Iglesia, alto funcionario del Estado, de las cámaras de producción, del Senado, miembro de consejos consultivos o acade-

mias reales, asesor de tribunales, presidente vitalicio, rector de universidad... O es alguien que no tiene ocupación conocida, que vive de las rentas que generan negocios y patrimonios acumulados por sus antepasados.

Más a menudo, el señor está en nuestra realidad cercana: si alargáramos la mano, hasta podríamos tocarlo. Es supervisor, jefe de sección, gerente de sucursal, encargado de páginas de un diario, director de oficina, de hotel, de sección, de instituto; a veces es conductor de autobús o de taxi. Es cualquiera que tiene un empleo y que, en esta época de parados, mira con desdén al que no lo tiene. Es el hombre o la mujer que actúa en nuestra casa, en nuestras relaciones diarias, en nosotros. Es, en fin, aunque sea de modo vicario, esa persona anónima a quien, sin venir a cuento, le ha dado por imitar los gestos y las ínfulas del señor.

El señor está en los cuatro puntos cardinales de la geografía de nuestras vidas. Sabemos que es él, el mismo de antaño, por los gestos que lo identifican, por sus tics y por el visible e inquebrantable convencimiento acerca de su superioridad. Efectivamente, lo reconocemos a diario por sus señas más estables: descrea de otra igualdad que no sea la jurídica; jamás reconocerá a la «gentecita» (es decir, a quien no tiene un estatus similar al suyo) como su igual; defiende las jerarquías basadas en la riqueza, el poder, el «mérito» o «la excelencia», las supuestas diferencias de dignidad, o sea, morales; divide a los hombres entre ganadores y perdedores; apela a las instituciones de la democracia, pero de la cultura democrática no quiere ni oír hablar; está orgulloso de su apellido, incluso de su linaje y hasta de su cargo; cultiva puntilosamente su reputación y exige que los otros la reconozcan; piensa que los demás le deben deferencias por su función o cargo, su riqueza, méritos, fama, talento o esfuerzo; a veces es condescendiente y ejerce el patronazgo, pero se indigna cuando ve que algunos («chusma», «indeseables») se atreven a protestar en las calles, a acampar en plazas públicas o tomar posesión de vivien-

das abandonadas; o cuando otros (otra «chusma», otros «inde-seables») pretenden saltarse los controles migratorios e invadir su reino.

Se equivoca quien crea que el hecho de hablar del señor en democracia es impertinencia o exageración. En nuestras sociedades, el alma del señor, su cultura, está viva. Vive en nuestras ciudades, en nuestros barrios, en nuestros trabajos. Vive como siempre ha vivido: educado para «ser señor de sí mismo para ser señor de los demás», como decía Gracián, y permanece obsesionado por el reconocimiento y la distinción.

Al partir, los señores dejaron una herencia, una cultura, que les ha permitido volver, encarnarse, reencarnarse. Otra vez están aquí. Quizá estuvieron siempre; tal vez, en medio de nuestro entusiasmo democrático, pasaron décadas inadvertidos, y la crisis nos ha permitido volver a verlos en toda su crudeza; elegantes, altivos, *superiores*: hombres y mujeres libres, selectos ejemplares de la humanidad.

Con la democracia nosotros no hemos podido acabar con todo ello. Nosotros, *los otros*, a quienes la cultura del señor identifica como una especie de subhumanidad.

El mundo del señor es muy antiguo. Su sustrato es el de todo Occidente, donde campan por sus respetos principios que no se han modificado desde la Antigüedad clásica. Es un mundo dominado por valores nobiliarios, un mundo señorial. Este libro sostiene que algunas ideas centrales de aquel mundo moral aún perviven en las democracias de hoy.

La primera, la madre de esas antiguas nociones, es la idea de humanidad. Efectivamente, la más densa, sofisticada y perdurable definición del ser humano se creó en Grecia y maduró en la tradición filosófica. Y he aquí que en la llamada cuna de la civilización se concibió al hombre teniendo ante los ojos el ideal nobiliario: el modelo fue el hombre libre, el ciudadano, el noble ateniense, que personificaba la capacidad de vivir conforme a leyes preestablecidas, a la deliberación racional y a

la virtud.¹ El noble, el señor, era el prototipo, el culmen de lo humano: la humanidad verdadera. Bajo él quedaba, hacinada, la *otra*. Porque la filosofía y la civilización grecorromanas y sus herederos concibieron lo que bien puede considerarse las *condiciones* para reconocer el atributo y la dignidad de lo humano.² Naturalmente, esas condiciones estaban inspiradas en su modelo: el ciudadano que vive en una comunidad política y elige racionalmente la virtud. Las tales condiciones, además, excluían a los *otros*, que, pese a su aspecto, estaban en realidad más cerca de la animalidad.

Desde la lejana Grecia hasta hoy, el señor vive en las alturas, en la cumbre de la jerarquía que él mismo ha construido, y moralmente es superior a nosotros, la defectuosa subhumanidad. Nosotros, es decir los bárbaros, los esclavos, los trabajadores, los ignorantes, los incultos, los idólatras; nosotros, o sea las mujeres, los extranjeros, los maleducados, la «gentecilla», los radicales, los viciosos, los mediocres; nosotros, es decir los que no tienen poder, los racial, social, económica, cultural o sexualmente inferiores, los moralmente inferiores.

Más tarde se ha elaborado un conjunto de principios para hacer valer esta primera jerarquía, y derivar otras de ella.

Este libro habla de cierto tipo de cultura que alimenta las relaciones sociales en las democracias. No las relaciones que se fraguan en torno a la producción, sino las que se ponen en juego en la reproducción de las sociedades, y, en nuestro caso, las que favorecen la reproducción de sociedades de corte señorial. Las relaciones de producción están determinadas por el trabajo y el salario; las de reproducción, sobre todo, por la cultura, por valores, principios y hábitos. Las dos sustentan la dominación social. Las relaciones de producción la fundan; las de reproducción, si son exitosas, la naturalizan, la legitiman y así la perpetúan. La función general de la cultura es naturalizar o legitimar un cierto orden. Mediante la preservación, renovación o creación de ideales y hábitos prestigiosos,

la cultura genera, sobre la determinante influencia de la producción, una manera de vivir, pensar y sentir, un orden idóneo para la vigencia de una sociedad. En sociedades como las nuestras, esa cultura es de corte señorial: su orden apunta a la subordinación, a la obediencia, a una ética de la dominación.

Este libro postula que, desde sus comienzos, las modernas democracias representativas occidentales apelaron, junto a valores nuevos, a una serie de principios antiguos que procedían de las sociedades señoriales, de las viejas clases nobiliarias europeas, y que a su vez tenían su origen en la nobleza grecorromana. El concepto de nobleza alude no solo a una clase social sino también a un conjunto de valores, principios, ideales, patrones de comportamiento, hábitos, un imaginario: una cultura. En las democracias de hoy están presentes importantes aspectos morales de la cultura de la nobleza antigua; estos fueron transmitidos por la Iglesia desde la Alta Edad Media y después, en la modernidad temprana, asumidos por la burguesía. Para legitimarse, para complementar el cuadro ideológico que las había hecho nacer, las democracias representativas proyectaron esos valores heredados en su marco legitimador.

Así, lo que se consagró en las democracias no fue sino un acervo moral muy similar, aunque disimulado, al que mediaba en las relaciones entre señores y vasallos, una jerarquía y un esquema de dominación moral que desvirtúa a las democracias y las asemeja a las sociedades del pasado. En la matriz conceptual de ese acervo hay una dicotomía entre una humanidad verdadera y otra que no lo es, es decir, la idea de una humanidad diferenciada, condicionada, cuya primera consecuencia es la noción de jerarquía, de que hay una diferencia moral o de dignidad entre los hombres, y que la superioridad de unos implica que tengan distintos derechos, privilegios, y que otros sufran discriminaciones legales y morales.

Aun en estos tiempos en que la impostura nos lleva a apelar a una supuesta corrección (siempre provisional), no conseguimos disfrazar los postulados discriminatorios, y así no po-

demos ocultar del todo que en nuestras sociedades democráticas la idea de humanidad es tributaria de la antigua disyuntiva entre humanidad verdadera y no verdadera, de la noción de humanidad condicionada del mundo antiguo, que ha prevalecido en Occidente hasta hoy día. En nuestras sociedades no caben con el mismo derecho y la misma magnitud todos los miembros de la especie, sino solo quienes cumplen con ciertas *condiciones*, que pueden ser de naturaleza racial, cultural, económica, sexual, religiosa o política. Las pruebas saltan a la vista; no hace falta enumerarlas, basta con recordar a los exiliados, a las numerosas víctimas de discrimenes legales.

Este libro analiza la genealogía y las características de este acervo moral, de esa idea de humanidad, y la noción de diferencia entre los hombres que se deriva de ella, esos ideales de jerarquía y dominación moral. Señala asimismo el conjunto de valores asociados a esos principios seminales.

Ignoro si tales asertos serán o no considerados plausibles por los defensores de la democracia, y si despertarán o no el interés de los estudiosos de la historia, la sociología o la moral de las sociedades actuales. La superficial convicción de que las sociedades modernas y contemporáneas han dejado definitivamente atrás la era nobiliario-señorial constituirá sin duda un serio obstáculo para que estas tesis sean tomadas en serio. Esa probable resistencia no es sorprendente: como hemos dicho, la misma democracia adoptó como parte de su ideario algunos principios aristocráticos, al tiempo que difundía la buena nueva de su completa superación.

Esta investigación se ha ido gestando a partir de pequeñas sospechas que han tenido que cotejarse mucho hasta adquirir la forma de explicaciones racionales. Así pues, mi percepción ha sido progresiva. Intentaré ofrecer argumentos sobre la necesidad de revisar a fondo los valores que actúan en la vida diaria de nuestras democracias, con la esperanza de que sirvan para una posible discusión futura.

En mis frecuentes visitas de los últimos años a Estados Unidos e Hispanoamérica no han dejado de llamarme la atención ciertos asuntos y conceptos allí muy presentes. El confuso enaltecimiento del individuo, tan característico del mundo contemporáneo, adquiriría visos nuevos al contemplarlo junto a las dinastías económicas y políticas, la moda de los árboles genealógicos y la exaltación de la excelencia, la meritocracia, el triunfo y el valor militar en Estados Unidos. Y los protocolos tradicionales de algunos medios urbanos de Latinoamérica cobraban nuevo sentido junto a la preeminencia, notable allí, del sentido del honor, la honra, la búsqueda de méritos en los ancestros y el prestigio público familiar, exacerbados. Lo uno y lo otro sugerían una anomalía, cierta impropiedad con respecto a la democracia. Los vítores a los soldados en los aeropuertos estadounidenses y el tan publicitado juicio por atentado contra el honor que instauró el presidente Rafael Correa en Ecuador, por ejemplo, recordaban a la *Ilíada*.

Instigado por una inesperada afinidad entre mis observaciones actuales del continente americano y asuntos de un pasado lejano, como los que se encuentran en la literatura griega, quise tomar notas sobre los elementos que me parecían comunes. Por una parte, ese mundo de Homero y los trágicos en que la imperiosa competencia por el poder, el honor, la gloria y el triunfo lanzaba a los hombres a empuñar las herramientas más viles, y los incitaba a la crueldad, la traición, la venganza y el engaño. Al mismo tiempo, lo que constituía una incongruencia clamorosa, esa competencia parecía basarse en una ética superior, en la que predominaban ideales como la nobleza, la valentía y la amistad. Por otra parte, la institucionalización en el discurso público y privado de América del Norte y del Sur de nociones como libertad e igualdad, de apariencia tan elevada, contrastaba con la evidente injusticia en la vida práctica. Advertido del sentido contradictorio que cabía atribuir a ciertas instituciones de la democracia y a algunos esquemas de relaciones sociales, lo que empecé observan-

do en Estados Unidos y Sudamérica pude constatarlo también en Europa y sus élites. Y no solo en el señorío castellano, el «bachillerato de excelencia» de Madrid y otras ciudades europeas, el orgullo catalán, los aires conspicuos de los señoritos andaluces, el auge masivo de los libros de Osho y su meritocracia, o las legiones de honor y las órdenes al mérito de Francia, sino también, y sobre todo, ya en plena crisis económica, en la abrupta separación moral entre las víctimas y los posibles victimarios, aquellos que condenaban las protestas y con poco disimulo despreciaban a sus protagonistas, molestos como un señor de antes por la insolencia de campesinos que se atrevieran a protestar ante su balcón.

Años después, las observaciones que había hecho durante la crisis me llevaron a pensar que el repudio de las víctimas por parte de los posibles victimarios no tenía solo un sentido político (la reacción contra los adversarios en la lucha por el poder), sino también moral: esa mezcla de arrogancia y desdén del superior ante cualquier muestra de descontento del «inferior moral». Entonces, ya fuera en medios universitarios, empresariales o bien gubernamentales de Europa o de América, no fue difícil reconocer la misma música tras la invocación de conceptos como «excelencia», «meritocracia» y «mediocridad». Percibía esa música en la anacrónica existencia de dinastías políticas; la estimulación del régimen de competencia social; el afán, simulado o real, por cultivar la ética del «mejor»; las intempestivas defensas del honor y la honra como factor revelador de rangos sociales; la búsqueda de singularidad y excepcionalidad; el reclamo de deferencias, diferencias y privilegios sustentados en el linaje, la riqueza, el mérito o la posición social; la abierta apelación a la genealogía y al apellido, y, en fin, en la ratificación no disimulada de superioridad y jerarquías individuales y sociales: en la cultura de la subordinación, de la dominación. Todo ello es de origen aristocrático y su presencia podía indicar que la ideología propia de la antigua clase nobiliario-señorial ganaba terreno en el seno de so-

ciedades que se reputan de democráticas. Pero ¿era esa una hipótesis razonable?

Buscando una respuesta, consideré la posibilidad de que la cultura señorial, antaño asentada en las sociedades monárquicas o coloniales y, en el presente, confinada a la esfera privada y al perímetro de las instituciones heredadas del Antiguo Régimen, hubiera pasado en las últimas décadas a formar parte de un discurso público y de un ideal social legitimado e imitado en plena democracia.

Creo que en el fondo no iba descaminado, pero me engañaba al pensar que se trataba de una tendencia reciente, acaso estimulada por la crisis, y no, como creo ahora, una condición congénita y estructural de las democracias representativas occidentales. Así como en la Roma del siglo III los patricios se consideraban «la mejor parte del género humano» y en los Estados Unidos del siglo XVIII los *Founding Fathers* de ese país se sentían «los espíritus más nobles», asimismo ahora una parte de las sociedades democráticas occidentales de Europa y las Américas —individuos, grupos y países que quedaron a salvo de la crisis— se sienten «la mejor parte» y «los espíritus más nobles» de esas sociedades e incluso del mundo y califica a los otros de inferiores, cuando no de simple «chusma». Este libro se dedica a explorar la pervivencia de este extraño fenómeno, que hasta ahora habíamos considerado parte del pasado.

Obviamente, no trato de ensayar ninguna interpretación general sobre el comportamiento de las sociedades occidentales ni sobre las condiciones específicas para la adopción de los principios y pautas de conducta que las distinguen, sean estas aristocrático-señoriales o de otra naturaleza. Dada mi condición profesional —no soy historiador ni sociólogo, sino escritor—, mi trabajo no posee otra aspiración que prefigurar hipótesis de un modo que anime a historiadores o sociólogos profesionales a realizar investigaciones más certeras, es decir, investigaciones que ofrezcan la plausibilidad que re-

quiere todo punto de partida. Creo que si averiguamos bajo qué ropajes y disfraces medra la vieja cultura señorial en las democracias de hoy, y cómo las limita y pervierte, todos saldremos ganando.

Algún lector habituado al microanálisis, a la investigación comparativa, al estudio de registros, archivos e inscripciones, a casos particulares y períodos o regiones bien delimitados, podría desconfiar de este trabajo y tacharlo de reunir simples conjeturas. Sin embargo, aunque alejado del modelo analítico, este trabajo está basado en investigaciones específicas, y trata de observar un proceso genealógico, las huellas de unos cuantos principios ético-culturales en diferentes épocas y su presencia activa en nuestras democracias contemporáneas. Es a partir de esas observaciones como formulamos proposiciones teóricas que podrían a su vez verificarse con investigaciones particulares. Reclamo la legitimidad y pertinencia de esta clase de lecturas, que tratan de identificar valores y mentalidades colectivas no solo a través de trabajos de campo y bases estadísticas sino también en los ideales registrados en el pensamiento, el ideario, el imaginario y los actos de los protagonistas, y de ser organizados en modelos abstractos. Mi propósito es intentar una relectura de doctrinas, instituciones, comportamientos y testimonios que revelan, en la historia occidental, una sorprendente línea de continuidad que desemboca en el presente de las democracias, una «corriente continua» ética y axiológica que podría denominarse «cultura señorial» o aristocrática, cultura de nobles, señores y notables. Se trata de un entramado que ha conformado un verdadero poder desde hace más de dos mil quinientos años y ha ejercido, y continúa ejerciendo, una influencia decisiva sobre todo Occidente, desde el origen de la historia europea hasta nuestra época.

Con nuestra perspectiva genealógica sobre la «cultura señorial» o aristocrática, no intentamos enlistar ideales y hábitos que habría de incluir en un modelo general de las élites de

todas las épocas y regiones, sino algo más específico. La teoría de las élites no forma parte de nuestra inspiración. La llamada burguesía, formada principalmente por comerciantes, banqueros, prestamistas y profesionales asociados a sus actividades, si bien comparte elementos importantes de la cultura aristocrática, tiene también valores que le son propios y la identifican nítidamente, y que no se diferencian mayormente de los principios que rigen la vida económica. En los términos más elementales posibles, por cultura señorial o aristocrática entendemos un complejo de ideas y valores, unos patrones de conducta, un imaginario, que surgieron de la élite gobernante, de los llamados al principio *aristoi* o «mejores» y después «nobles» en la Grecia arcaica y clásica, y se transmitieron luego a Roma. Esos valores distinguen a las sociedades y a los seres humanos según una estrecha noción de humanidad y una jerarquía moral, y los clasifican así en superiores e inferiores. En primer lugar esta ideología afirma que la humanidad carece de unidad y que lo humano no es un atributo incondicional, irrevocable e idéntico en todos los miembros de la especie, sino que se trata de una potencialidad que puede realizarse o no, y cuya materialización histórica puede ser total o solo parcial, según se cumplan o no ciertas condiciones preestablecidas. Ello da lugar a una especie de gradación que refleja los modos y alcance en que se ha cumplido, o no, en cada caso, cada individuo, grupo o pueblo, la potencialidad humana. De esta primera afirmación deriva una segunda igualmente esencial: ciertas sociedades, pueblos, razas, religiones e individuos están moralmente por encima de otros, que son inferiores. A lo largo de la historia las primeras han procedido, de modo legítimo, a someter moralmente a las segundas, a las que se les exige el reconocimiento de la superioridad de las otras en la vida pública y privada. El dominio moral se expresa de forma cotidiana y de muchos modos, tanto en el plano racial y sexual como en el educativo y religioso, y con frecuencia llega a consagrarse en las leyes. En efecto, de las dife-

rencias morales emergen privilegios y discrimenés legales así como políticas públicas y privadas que los materializan. De este primer núcleo así conformado surge un gran número de valores socialmente consagrados, articulados y funcionales al poder, que rigen la vida cotidiana de las sociedades y los individuos, o al menos influyen en ellas de manera importante.

Este complejo de ideas y valores se originó y alcanzó una dimensión hegemónica en las sociedades arcaica y clásica de Grecia y dominó en Roma y las sociedades europeas que acogieron su legado, es decir, en toda la Europa cristiana. Más tarde alcanzó una dimensión aún mayor a través de la expansión política, económica y militar europea en el mundo. La expansión de la civilización romana y de la religión cristiana fue el factor clave para la propagación en Occidente de aquella cultura nobiliaria que concebía y entronizaba el ideal de superioridad, las nociones de humanidad no verdadera y condicionada, y la convicción de que existe una diferencia moral radical entre los seres sociales.

En las diferentes concreciones históricas que adquirió esa matriz cultural, del fondo que conforman esas nociones que hemos llamado «humanidad no verdadera o condicional» y «diferencia moral», surgieron doctrinas, conceptos, metáforas, principios y costumbres que han condicionado decisivamente los más diversos aspectos de la vida en común. A la vez inspiraron legislaciones que discriminaban a las personas por razones raciales, sociales, sexuales, ideológicas, políticas, económicas y religiosas. Y se acuñaron «marcas» de distinción de grupos a los que se atribuyó privilegios permanentes: los *eupatridae* atenienses, los patricios u *optimates* romanos, los *nobilis* renacentistas, los «grandes», los «señores»...

Este libro afirma que ese tipo de nociones están presentes en las democracias de hoy. Pese a las oscilaciones históricas, la esencia de algunas de esas nociones ha permanecido viva a través de los siglos, y aún nos afecta. Por eso nuestra hipótesis dice que, aunque las instituciones de las democracias

representativas de hoy sean democráticas, su cultura no lo es, pues en ella predominan concepciones de la vida, las personas y las relaciones sociales no igualitarias desde el punto de vista moral. Aun hoy día, en nuestras sociedades actúan e incluso imperan una noción de humanidad no verdadera o condicional y la convicción acerca de la existencia de jerarquías morales que se asocian a una constelación de nociones aristocrático-señoriales.

Históricamente, la noción de humanidad no verdadera o condicional ha consistido en negar que la humanidad del ser biológico sea absoluta y suficiente, que se es incondicionalmente humano por el mero hecho de nacer, sin que esa naturaleza dependa de ninguna condición, contingencia o variación. Según esa noción el reconocimiento de la condición humana depende de la existencia y verificación de elementos exteriores y del cumplimiento de ciertas condiciones. En otras palabras, que se es verdadera e indudablemente humano solo si se ostenta una determinada condición étnica, cultural, intelectual, social, política y hasta religiosa, o se tiene cierto tipo de comportamiento racional, o no se infringen determinadas leyes.

La idea de diferencia moral tiende a traducirse en diferencia de derechos en beneficio de los superiores y en dominación moral sobre los inferiores.

Estas nociones elementales han sido definatorias en la genealogía de los valores europeos y occidentales. Quizá pueda afirmarse que la cultura europea nace de estas semillas, que han conferido a Europa la unidad que se observa a lo largo de su historia; y que, con la ayuda de la filosofía y la religión, el árbol nacido de esas semillas adquirió frondosidad y sofisticación y dio frutos tan ricos y sutiles que han alimentado a las élites de todas las épocas y lugares en Occidente. Así el árbol ha contribuido poderosamente a sostener un mal absoluto: la dominación moral permanente de los considerados «superiores» sobre los llamados «inferiores» como obra de la naturaleza humana.

El cuadro de las nociones, valores y prácticas que conforman ese árbol y que, vigentes hoy, pervierten la cultura de las democracias no es difícil de identificar. Lo señalamos a continuación y lo comentaremos en el capítulo VII de este libro: humanidad no verdadera o condicional y diferencia moral; ética del mejor; mérito; honor y honra; excelencia; ganadores y perdedores; éxito y competencia entre iguales; gloria, fama, reputación, prestigio; héroe, gran hombre, genio; nacimiento y linaje; culto a la personalidad; singularidad, excepcionalidad, exclusividad; patronato, mecenazgo y clientelismo; privilegios y discriminaciones; beneficencia, caridad y filantropía; urbanidad, cortesía y buen gusto; sociabilidad cívica y civil; deferencia y condescendencia; ostentación; belleza física y virtud; virginidad; elegancia y buena apariencia; profesiones superiores; riqueza; servidumbre; superioridad de la minoría; cultura letrada; culto a la autoridad y la ley. El resultado de todo ello es lo que hemos llamado la cultura de la subordinación y la obediencia, una ética de la dominación moral que afianza la material.

Nadie ha incursionado aún en este terreno para averiguar si las transformaciones que hicieron nacer nuestras democracias acabaron de veras con todo rastro señorial, si la supuesta oposición entre burguesía y nobleza tuvo un sentido revolucionario en el campo de los ideales o si, por el contrario, también en el terreno moral se produjo una alianza, y las élites nobiliarias y burguesas aunaron sus fuerzas y derribaron las barreras que las separaban para instalarse más sólidamente en el poder con el apoyo de un conglomerado de valores que ya habían servido para gobernar durante siglos a la antigua clase señorial. La presencia de estas nociones en las democracias representativas de nuestra época me parece segura, y dedico el capítulo VI a tratar de demostrarlo.

Si estos ideales están vivos en Europa y Estados Unidos, más aún lo están en Latinoamérica, donde el peso de la histo-

ria colonial se manifiesta con más crudeza, no solo en los modos de producción y las relaciones de trabajo, en cierta legislación o en la política, sino también, y con particular iniquidad, en las relaciones sociales de reproducción, en el comportamiento cívico, en el sistema de valores: en la cultura.

Efectivamente, en los países que fueron sometidos a largos procesos de dominación los componentes de esa cultura están incrustados de un modo más patente y dramático en un entramado ideológico que cabe llamar «colonial», como puede comprobarse en las relaciones económicas, políticas y morales entre las clases y grupos sociales, de género y étnicas. No es demasiado audaz suponer que, al igual que en Europa y Estados Unidos, los valores de la aristocracia colonial han permeado hasta el presente la vida diaria de los latinoamericanos.

¿Cómo se introdujeron esos valores, cómo se expandieron y adquirieron la supremacía que ostentan hoy? ¿Cuáles son en Europa, Estados Unidos y en las diferentes regiones latinoamericanas? ¿Cómo se transmitieron y cómo actuaron? ¿Qué papel representó en esa transmisión la educación pública, la privada, la religiosa? ¿Qué función cumplió la Iglesia católica? ¿Y cómo se transmiten y se multiplican hoy, si eso ocurre? ¿Cómo describe a su país la derecha estadounidense? Acaso los héroes de la historia hispanoamericana, sus líderes, ¿no estaban también afectados por la herencia de la cultura señorial europea? ¿Qué significa que varios países latinoamericanos, incluyendo el de «la revolución ciudadana» de Ecuador, proclamen la «meritocracia» como criterio de «justicia retributiva»? ¿Qué debemos pensar del hecho cierto de que la mayoría de los faros intelectuales latinoamericanos creyeran en la superioridad del hombre del «Nuevo Mundo», como creyeron del griego los griegos y del romano los romanos, originarios de naciones eminentemente aristocráticas? ¿Qué sentido tiene que Simón Bolívar deseara que América fuera «un imperio poderoso», «la más grande nación del mundo», como en su momento desearon los patricios romanos? ¿Qué significado

hay que otorgarle a la idea que Andrés Bello tenía de América Latina, a la que veía llamada a ser «la guía de la humanidad del futuro», como los griegos veían a Atenas y los romanos a Roma? ¿Cómo entender algunas de las doctrinas de ilustres pensadores de América, como aquella que divide este mundo en civilización y barbarie, o esa otra que asegura que en América ha nacido una «raza cósmica»? ¿No están también teñidas de una visión aristocrática?

Acudiremos a la época fundacional de la actual civilización europea, a Grecia, Roma y el cristianismo en su etapa formativa, así como a la época colonial latinoamericana y a la era de la independencia y la fundación de la república estadounidense, para acumular elementos que nos ayuden a responder a estas preguntas sin perder de vista la naturaleza de los principios que, pese a la distancia cronológica, aún contribuyen a modelar las sociedades de hoy en Occidente. Dichos elementos nos llevarán a pensar que lo que hoy nos parece natural quizá no lo sea y que algunas de nuestras ideas, valores y creencias no son otra cosa que una herencia inconsciente e indeseable. Porque es en el seno de la cultura griega, romana y cristiana, en los siglos coloniales y en la era fundacional estadounidense que encontraremos el origen de las nociones, conceptos y esquemas que hoy deploramos en las democracias.

En los capítulos II, III, IV y V analizaremos cómo la herencia aristocrático-señorial se remonta a la civilización grecorromana y se transmitió a través de las principales instituciones europeas, en primer lugar de la Iglesia cristiana y de la propia democracia representativa, cuyo trazado ideológico seguiremos por esa razón. Lo haremos partiendo de fuentes impresas tales como tratados, autobiografías, declaraciones y constituciones, donde este pensamiento y esta ideología han quedado cristalizados. Para ello contaremos de un modo particular con la experiencia de los países que más han influido en el diseño y el recorrido de las democracias en Occidente: Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Y es que las

revoluciones, constituciones, declaraciones y debates políticos de estas naciones son una gran fuente para cualquier reflexión sobre la democracia y sus vínculos con los valores del Antiguo Régimen.

La investigación y el análisis crítico que proponemos no son meros ejercicios académicos sino intervenciones políticas: los elementos culturales señoriales, aristocráticos o coloniales presentes en la vida actual afectan a la calidad de las democracias y son eficaces soportes de la dominación. Nuestra intención es detectar esa presencia oculta y postular la existencia de una histórica línea de fuerza que en la Edad Moderna y Contemporánea ha terminado limitando y neutralizando las democracias. Esa presencia ha sido tanto más perniciosa cuanto que ha sabido no solo legitimarse, sino además naturalizarse, erigiéndose como esencial para la civilización y la democracia. Poner esos elementos en perspectiva y destacar su presencia en el mundo de hoy es una condición para despojar a las élites de sus arraigadas herramientas de poder.

Me sentiría satisfecho si este trabajo lograra llamar la atención del lector sobre la supervivencia de estas nociones en el seno de su sociedad, de su comunidad o en su propia vida, e incitara a los especialistas a explorarlas con las herramientas adecuadas, y todo ello ayudara a que este género de reflexiones se abriera camino hasta llegar a informar programas dirigidos a depurar las democracias. El hecho de identificar esos valores que operan en nuestra vida diaria orientará mejor nuestros esfuerzos y ayudará a cualquier gobierno que pretenda de veras la transformación de su sociedad en términos cada vez más democráticos.

Es harto lamentable que algunos gobiernos, como los llamados bolivarianos de América Latina, hayan ignorado que ni una mejor distribución de la riqueza, y ni siquiera ciertas transformaciones de la estructura productiva, o actuaciones menores en los estímulos a la producción de las artes, pueden provocar sustanciales modificaciones en el ámbito de los va-

lores, la cultura y la sociedad, que la innegable relación entre poder e ideología no puede por sí misma sustituir una consciente y profunda voluntad transformadora de los valores y principios de vida. Y es evidente que lo han ignorado, en todas partes.

Se requiere una amplia indagación en el campo de los ideales y la vida republicanos, teniendo como meta la sustitución de los valores señoriales y coloniales por los democráticos, lo que en el caso latinoamericano consistiría en profundizar en el proceso de descolonización iniciado en el siglo XIX. La consecuencia será el reconocimiento de que una revolución moral es una de las principales necesidades de hoy.